

## VENGANZA

Cuando abrió los ojos no pudo distinguir más que formas imprecisas y estáticas. La habitación estaba sumida en la oscuridad.

Sentía un intenso dolor de cabeza, pero no recordaba haber sufrido golpe alguno. En vano intentó llevarse las manos a la zona dolorida, en busca de alguna señal que indicara la razón del dolor, pero no pudo, pues parecían estar sujetas por algo. Tampoco pudo mover las piernas, que tenía recogidas en posición fetal.

En sus intentos por moverse le pareció estar situado sobre un colchón neumático o de agua.

Un sonido de goznes a su izquierda le hizo girar la cabeza, al tiempo que se abría una puerta y un torrente de luz, proveniente de una lámpara del techo, iluminaba la estancia, cegándole durante unos instantes. Parpadeó varias veces y, finalmente, abrió los ojos.

Como había supuesto, estaba sobre un colchón. Este, en el suelo de una habitación con las paredes desnudas, era todo el mobiliario de la estancia.

Alrededor de la cama, esparcidas por el suelo, había gran cantidad de velas de cera. Intentó comprender qué era aquello, dónde se encontraba, cuál era la razón de encontrarse allí y de aquella manera.

Una mujer entró en la habitación. Su rostro estaba cubierto por un espeso velo. Quiso preguntarle quien era, que hacía él allí, más de su boca, sellada por una amplia cinta adhesiva, no pudo salir palabra.

La mujer, sin mediar palabra ni fijar sus ojos en él, sacó una cerilla y, fue encendiendo las velas, una a una, calmamente.

Él no comprendía nada y, a cada momento, su ansiedad iba creciendo. Su respiración agitada y sus ojos dirigiéndose en todas direcciones reflejaban el miedo que sentía.

La mujer se aproximó, envolviéndole en una fragancia que le pareció haber aspirado antes, pero en momentos que no pudo recordar. Se quitó lentamente el velo que le cubría el rostro. Sus ojos, alrededor de los cuales se apreciaban grandes moratones, le miraron con frialdad. Sus pómulos estaban magullados y tenía el labio superior partido. Pese a ello, se podía adivinar que era muy bella, de rasgos suaves y bien proporcionados.

Acercando su rostro al de él y mirándole fijamente le preguntó: *“¿te parezco ahora tan guapa como cuando me violaste?”*

Él se retorció, cerró los ojos intentando apartarse de aquella mirada. Se sintió invadido por el aroma de aquella fragancia...Como un relámpago, cientos de escenas destellantes inundaron su mente haciéndole recordar los sucesos ocurridos al finalizar la fiesta de la noche anterior. Pese al calor de la habitación, un escalofrío recorrió todo su cuerpo, inundándolo de un sudor frío.

La mujer siguió hablando con una voz armoniosa y suave: *“me hiciste mucho daño y ya no seré la misma después de nuestro encuentro. No haré como tú hiciste conmigo. Ni siquiera tocaré un centímetro de tu cuerpo, pero quiero que sufras como yo sufrí. Estás sobre un colchón de goma repleto de gasolina al que voy a quitar un tapón y esta fluirá. Lentamente si no te mueves o de forma más rápida si lo haces. A medida que transcurra el tiempo la llama de las velas estará más próxima a la gasolina y, cuando ambas lleguen a tomar contacto todo saltará por los aires. Tu vida se habrá acabado. Ya no podrás herir a nadie más.”*

Un nuevo escalofrío recorrió el cuerpo del hombre. Hurgó en su mente intentando encontrar las palabras adecuadas para pedir perdón y compasión, sin darse cuenta de que sus

labios, sellados como estaban no llegarían jamás a pronunciarlas, pero la mujer ya no le miraba. Estaba quitando cuidadosamente un tapón del colchón, comprobando cómo fluía el líquido. Después salió de la habitación cerrando la puerta; la luz del techo se apagó automáticamente y el recinto quedó iluminado, únicamente, por las vacilantes luces de las velas.

Tendido como estaba, el hombre inició un leve movimiento, intentando soltarse de sus ataduras. El ruido de líquido saliendo impetuosamente del colchón de goma le hizo desistir. Su cuerpo exudaba por todas partes, empapando su ropa y haciendo, si eso fuere posible, más incómoda su postura.

Cerró los ojos. Intentó pensar en el modo de evadirse, pero su mente estaba totalmente obstruida por el miedo que, a la vez, parecía agarrotar todos sus miembros. El intenso olor del combustible le devolvió a la realidad. ¡Iba a morir! Y todo por haber sido incapaz de reprimir sus instintos más primarios. Él, que siempre había destacado como ciudadano ejemplar, se iba sintiendo a cada segundo más y más avergonzado y asqueado de sí mismo, al ver aparecer en su mente, cada vez con mayor nitidez, las escenas de la noche pasada, que habían permanecido ocultas detrás de los vapores del alcohol que había ingerido. ¿cuántas botellas?, se preguntó.

No encontraba respuesta a sus interrogantes, más tampoco era algo que le debía distraer de su situación; pese a ello, machaconamente, no hacía más que recordar y recordar...Era como si el destino quisiera condenarle a no olvidar, mientras tuviera un hálito de vida, que se había comportado de un modo primitivo, salvaje, como el de tantos otros a los que, como magistrado, había condenado a alejamiento de sus víctimas o a largas temporadas de cárcel.

Por un momento decidió moverse frenéticamente, para que la gasolina fluyera con mayor rapidez y llegara pronto a alcanzar la llama de las velas, lo que acabaría con su sufrimiento. Paró de inmediato. ¡No quería morir! Tenía tantas razones para vivir que se sentía incapaz de enumerarlas todas, pero sabía, ciertamente, que debía intentar prolongar su vida, con la esperanza de que algún suceso diera vuelco a la angustiada situación en que se encontraba.

Sin tener conciencia de que así sucedía, su mente estaba haciendo un viaje hacia atrás, rebuscando en cada rincón de su memoria todos aquellos juicios que había presidido y en los que, a veces por apatía, a veces por no enfrentarse a otros más poderosos, había consentido que las víctimas apareciesen como culpables y aquéllos habían abandonado la sede judicial con miradas burlonas y sonrisas despectivas hacia las víctimas.

Recordó aquel atropello que sumió en la desesperación a la mujer que enviudó a consecuencia del mismo y al famoso que causó el accidente, que se libró de condena porque su habilidoso abogado sembró dudas sobre el estado de salud del fallecido y que él, como juez, adaptó rápidamente a los vericuetos de la ley, para una sentencia absolutoria. ¡Qué buenas vacaciones le premiaron aquéllo en el resort de las Bahamas y cómo desearía, ahora, que las circunstancias hubieran sido diferentes!

Sacudió la cabeza, en un intento de abandonar aquellas imágenes que, como un dedo acusador le señalaban. Era inútil. Aquélla otra sentencia, en la que admitió como eximente de violación que la mujer no llevaba faja, o aquella otra de la joven con minifalda...

Fueron tantas y tantas las imágenes que le demostraban a sí mismo hasta qué punto había sido un miserable que, por un momento, llegó a desear que los vapores de la gasolina se inflamaran y una explosión diera fin a su vida.

Sin embargo, ese reflejo vital que impulsa al ser humano a apartarse del peligro surgió en él. Intentó repasar en su mente situaciones anteriores a las que se había enfrentado. Miró en derredor. Las paredes estaban vacías. La luz vacilante de las velas apenas le mostraba otra cosa que la propia sombra de estas. No. Había algo más que se esforzó en distinguir, estirando el cuello hasta que sintió que, casi, lo perdía.

Fijando bien la mirada comprobó que próximo al techo, en una de las paredes, precisamente sobre su colchón, había un objeto de forma circular y abombado, una especie de semiesfera en uno de cuyos lados una minúscula luz verde destellaba de cuando en cuando.

Intentó serenarse. Imaginó cuantos segundos transcurrían entre cada destello. Recordó, vagamente primero y después con mayor certeza, aquel juicio en que se pudo acusar y condenar por negligencia a una empresa de protección contra incendios porque no había conectado adecuadamente los detectores de gases y la consecuencia terrible fue el incendio de un edificio, al producirse la explosión de un depósito de gas propano que tenía una fuga.

Comprendió, o quiso creerlo así, al menos, que aquél objeto de la pared era, en efecto, un detector de gases. La luz destellante indicaba que estaba conectado a un sistema de alarma activo y que la alarma sonaría en el momento en que la concentración de gases alcanzara el nivel previsto en los sensores del detector.

Consciente de que algo se le podría ocurrir, se esforzó por serenarse. Aspiró profundamente, advirtiendo que había una cantidad apreciable de gases. Tal vez si conseguía que esos gases fluyeran hacia el detector la alarma se activaría y alguien vendría en su ayuda.

Pero ¿cómo conseguirlo? Le vino a la mente un regalo navideño en el que el flujo de aire caliente ascendente de una vela encendida era capaz de mover unas aspas de molino. Tal vez si consiguiera algo parecido...

Decidió jugarse todo por el todo. Tenía que provocar, como fuera, una brusca subida del nivel de gases, aunque fuera a costa de una explosión que acabara con su vida. Pensó que, al fin y a cabo, poco más podía hacer, dado que ignoraba dónde estaba o si había en las proximidades alguien que pudiera socorrerle.

Había visto que el orificio por donde manaba la gasolina estaba próximo a su cabeza. Quizá una salida brusca de combustible daría lugar a alcanzar el nivel de gases necesario para activar el detector. Cerró los ojos. Pensó en musitar una oración, pero ¿a quién o a qué? Su única fe había sido el poder y lo había alcanzado, tal como quería y ahora, ¿qué? Se dio cuenta, en un instante, que de aquello que hace que la vida sea aceptable: la amistad, el respeto, el amor ...nada estaba entre sus haberes.

Decidido a acabar con la situación, levantó el torso y lo dejó caer bruscamente contra el colchón, provocando la salida de un chorro de gasolina. Apenas habían transcurrido unos segundos y la luz destellante del detector cambió de color y quedó fija, al tiempo que se inició, en alguna parte, el aullido de una sirena de alarma.

¡Lo había conseguido! Alguien escucharía la alarma y pronto tendría ayuda. Le sacarían de allí y podría, entonces, buscar a la mujer y hacerle pagar el mal trago que estaba pasando. Ni siquiera se le vino a la mente que él y solo él era culpable de la situación.

Escuchó voces aproximándose. Alguien llamó a la puerta y la abrió bruscamente, lo que activó el interruptor automático de la lámpara. Lo último que vio el magistrado desde su mullido colchón, fue un chispazo junto a la puerta y, seguidamente, una bola de fuego que le envolvía.

Los telediarios de ese día se hicieron eco de la noticia de una violenta explosión que había causado heridas a un bombero y del hallazgo de los restos carbonizados de una persona cuya identificación sería laboriosa por la dificultad en obtener de ellos el ADN.

Durante días, desde el juzgado estuvieron llamando por teléfono al magistrado y, ante la falta de respuesta, se ordenó a la policía buscarle en su domicilio. Tras insistentes llamadas a la puerta de la vivienda, sin resultado, se ordenó abrirla. En el interior la policía encontró varias maletas preparadas, un billete de avión con destino a las Islas Caimán, el pasaporte del magistrado y un maletín repleto de fajos de billetes de 100 y 200 €.

FIN